

Primer Premio Cuento
Categoría Socios (año 2000)
Autor: Dr. Gunther Drexler
Seudónimo: "El Adivino"

Metamorfosis

(Mi vida como pez)

I

¿Qué otra cosa podía esperarse? Desde que empezaron los primeros síntomas, el desenlace fue inevitable, una verdadera fatalidad. Así comentaban en voz baja, con una pregunta que no admitía respuesta, los atribulados parientes mientras acompañaban a Rogelio a su nueva morada.

Los porteadores eran seis de sus íntimos prendidos del borde de una tina de material plástico rojo, de esas baratas que se usan para bañar a los bebés. En la misma transcurrieron las noches y gran parte del día de Rogelio, después que su tamaño se redujera lo suficiente para sacarlo de la exagerada bañera de acero esmaltado, que ocupaba casi la mitad de la superficie del pequeño cuarto de baño.

En realidad dado su tamaño actual, una simple pecera hubiera alcanzado, pero el tío Agustín insistió en que había que darle cierta solemnidad al evento.

Era al atardecer de un día hermoso de verano. Largas sombras acompañaban a la procesión que transcurría en medio de un respetuoso recogimiento, avanzando lentamente por los accidentados meandros que conducen a la playa, cuidando que un tropiezo o un paso en falso hicieran derramar el agua del recipiente.

Apenas se percibían el suave rumor de la resaca y el chillido de las gaviotas, pero a último momento, los amigos de Rogelio, conocedores de su amor por la música, le

habían preparado una sorpresa. De manera que cuando se acercaron a la última duna, una orquesta de Jazz emergió entre los tamarices y se incorporó al cortejo, tocando "Cuando los Santos vienen marchando", y a continuación una de sus favoritas: "El Rag de la Calle 12".

El tío Agustín encabezaba la hilera, luciendo sus mejores galas, muy erguido a pesar de sus setenta y cinco años, el rostro curtido y barbado de pescador iluminado por los rayos del sol agonizante, la blanca cabellera sacudida por la virazón. Iba serio pero no triste, y en cuanto su oído algo disminuido captó la cadencia, empezó a contonearse al son de la música. Los demás lo imitaron al instante.

Rogelio los contemplaba, ora sumergido en el recipiente dando pequeños saltos de alegría, ora agitando las aletas al son de la música. De vez en cuando asomaba su hociquillo marino fuera del agua, practicando cómicas morisquetas que hacían desternillar de risa a los marchantes. Porque, digámoslo de una vez por todas, nuestro protagonista, Rogelio Martínez, oriental soltero, de 33 años, biólogo, escritor y periodista desempleado, un hombre bueno y tranquilo, amante del Jazz y (obviamente) pisciano, se acababa de transformar en un pez.

II

No fue en un día. Todo ocurrió luego de un largo proceso de transmutación que no detallaremos, ya que este tipo de cambios morfológicos suelen ser notoriamente desagradables. Basta con recordar al flemático Dr. Hyde mirándose al espejo, mientras le brotan un par de colmillazos al transformarse en Mr. Jeckyll (o viceversa, no viene al caso); o a Jeff Kornblum creciéndole hirsutos y asquerosos pelos en el rostro convirtiéndose en mosca en la película del mismo nombre, y estarán de acuerdo conmigo.

Por otra parte los ejemplos abundan, y no es momento para hablar de lobizones, mujeres leopardo, o cualquier otra situación similar. Les evitaré que pasen un mal momento, y si tú, querido lector, eres del tipo morboso, pues lo lamento por ti, te has metido en el cuento equivocado.

La metamorfosis no tomó a nadie por sorpresa, pues si bien casos tan acabados no son muy frecuentes (aunque hay mucha desinformación interesada al respecto), todos conocemos casos frustrados o parciales en que los individuos se mimetizan a su ambiente habitual.

¿Qué?, ¿les parece increíble esta afirmación? Es suficiente que miren en derredor y observen con un poco de atención: a esa mirada lánguida, acuosa y vacua de los operarios de los tambos; los rostros sonrosados y mofletudos de pequeños ojos hundidos pertenecientes a los consumidores de carne porcina (imagínenlos con una zanahoria entre los labios, en lugar del pucho); la forma frenética de pararse en un pie, levantar el ala y olisquearse los sobacos de los responsables de los gallineros, etc. etc. En fin, para que seguir, ustedes entienden claramente de qué estoy hablando.

Volvamos entonces a nuestro protagonista, al que por culpa de esta disgresión, abandonamos, sólo en su bañera, aburrido como el pobre y sarnoso Ciudadano Marat, también afligido por intolerables picazonas...

Ustedes se preguntarán: ¿cómo fue posible semejante transformación? ¿Qué encantamientos o artes diabólicas fueron utilizados para que un pacífico y ordinario ciudadano pasara a ocupar el reino de los mares? Y yo les contesto: prácticamente ninguno. Sí, oyeron bien ninguno, y dada la inestabilidad genética que presenta la vida en este planeta, es sorprendente que estos cambios no se produzcan más a menudo. Me apuro a advertirles que estoy lejos de ser un experto en la materia, y no teman: no me extenderé en sesudas consideraciones científicas. Solo es conveniente que sepan que al hablar de "inestabilidad", me refiero a que todas las especies se parecen mucho entre ellas del punto de vista genético.

Sorpréndanse: el mapa cromosómico de una mosca (e incluso el de una bacteria), difiere muy poco del de un ser humano, pese a nuestra tan mentada superioridad.

En esta época de manipulación genética y de clonaciones, es por lo menos teóricamente fácil, pedir el pase de una especie a la otra.

Pero Rogelio Martínez no fue víctima de algunos de los modernos doctores Frankenstein o de Paco Casal; ni pasó por complicados procesos de laboratorio. Su extraordinaria transformación se debió exclusivamente a su amor por La Paloma y a su devoción fanática a los nutrientes provenientes del mar, en especial, el pescado.

III

Habiendo heredado una propiedad, Martínez, oriundo de la Capital, se mudó unos diez años atrás a La Paloma, junto a un tío materno que había enviudado recientemente.

Eligió ese lugar agreste y solitario para terminar un libro, que había iniciado mucho tiempo atrás y no progresaba. El género abordado pretendía ser una novela histórica, referente a los indígenas de nuestro país, en especial a la etnia charrúa.

Frente a un gran caserón ubicado sobre la playa junto al faro del cabo de Santa María, Rogelio meditaba, escuchaba música, observaba las mil formas del mar siempre cambiante, y esperaba ansiosamente frente a su máquina de escribir que la musa inspiradora lo tocara con su varita mágica.

Pálido, delgado, de nariz ganchuda, grandes ojeras se vislumbraban a través de sus gafas de miope. Concentrado en su trabajo, casi no bajaba a la playa, y el viejo se encargaba de las tareas domésticas y de la cocina. Asimismo pescaba, y cuando Rogelio, cansado, levantaba la vista de su trabajo, era momentáneamente deslumbrado por el halo irisado recortado contra el verde espejo del mar, que enmarcaba como una imagen bíblica, a la silueta oscura de su tío de pie sobre una roca, esperando pacientemente al sargo o el ingreso del cardumen de pejerrey.

La dieta de pescado tuvo en su inicio vulgares razones de economía más que gastronómicas, ya que los precarios ingresos de ambos habitantes de la casa menguaban mes a mes. El anciano tenía su pequeña jubilación, y Rogelio ocasionalmente lograba colocar un artículo en un diario montevideano, pero evidentemente eso no alcanzaba. Transcurrió el tiempo y al no mejorar la situación, insensiblemente, la dieta se convirtió de esporádica en exclusiva.



Gran Premio SMU-SERVIMEDIC (año 2000)
Tema libre. Obra: Redoblante. Autor: Dr. Hugo A. Lago Peña

Cuando Rogelio se dio cuenta de que algo raro estaba sucediendo, no se preocupó demasiado, y siguió adelante con su forma de vida y su dieta: pescado frío al desayuno, al horno con berberechos al mediodía, a la parrilla para la cena, omelettes de algas, dulce de pescado de postre. Brótola, corvina, abadejo, cazón, pescadilla, roncadera, los mencionados sargos y pejerreyes, y tantos otros, desfilaban sin cesar por la sartén del cocinero. Pescado, pescado, siempre pescado. Lo curioso fue que el carnívoro oriental no echaba de menos la carne, y la dieta marina lejos de disgustarle, dejó de ser una necesidad económica para convertirse en su alimento de elección. Una verdadera afición. ¿Y la novela histórica progresaba?, mejor ni pregunten.

IV

Sucedió que paulatinamente Rogelio abandonó su obra literaria. Al comienzo atribuyó su dejadez a algunas dificultades mecánicas con la máquina de escribir propias del lugar, que fueron subsanadas aunque precariamente. El salitre en La Paloma corroe todo tipo

de metal. Primero soldó la "R", las flases parecieron estar esclitas en chino. Al trabarse la "P", su lenguaje se transformó en el de un boble tulco de la flontela. Finalmente al oxidarse una tras otra las vocales de la Remington la situación se hizo insostenible. Los escritos, exclusivamente formados por consonantes, se convirtieron en algo así: cnvrtnds n n txt my prcd 1 hbr (convirtiéndose en un texto muy parecido al hebreo). Fue en ese momento que su ánimo predispuesto a la desertión y a la renuncia, se quebró definitivamente, abandonando la empresa.

Lo peor fue que con el transcurrir de los meses también dejó de meditar y de escuchar música. Entenderán que las razones expuestas eran valederas, pero había otras más profundas.

En contraposición contemplaba el mar casi todo el tiempo. Respiraba el aire marino, llenando los pul-

mones de sal y yodo. Cierta día experimentó el impulso urgente de responder al mar que lo invitaba, bajó a la playa y se bañó por vez primera vez en su vida. La experiencia lo entusiasmó. Se sumergía en las saladas aguas frente a la playa del cabo Santa María. Permanecía horas enteras dejándose mecer por el útero envolvente, matriz original de la vida en nuestro planeta. Imperceptiblemente fue rompiendo los lazos con la tierra firme.

De la simple contemplación, pasó a la interacción: permanecía sumergido un tiempo cada vez mayor, y cuando abría los ojos se maravillaba ante un mundo de matices y formas hasta ayer desconocidas: los cardúmenes transcurrían como ráfagas multicolores a su lado. Un viejo pulpo del que se hizo amigo, agitaba los tentáculos enviándole un saludo múltiple, y los peces mayores pasaban a su lado emitiendo sordos gruñidos, como queriendo decirle algo, que aún no comprendía. Cuando una punzada en los pulmones y el afán de respirar le recordaban que aún era un habitante de tierra firme, emergía para conversar con las rocas, escuchaba el rumor del viento, la música de las aguas y respondía con su propio canto al

irresistible llamado de las sirenas.

La noche en que se inició la enfermedad, o mejor llamémosla “singular transformación” (aprendamos a respetar lo singular y diferente), hacía mucho calor. Rogelio sudaba profusamente. Le ardía y escocía la piel tostada por el sol, que estaba áspera y comenzaba a engrosar, como si estuviera formando escamas. Se encontraba agitado y angustiado por algo que no alcanzaba a precisar. Insomne, cansado de girar enredado en las húmedas sábanas que se le adherían al cuerpo, fue al baño y se recostó en la bañera. El frío del esmalte contra su dorso fue como un bálsamo. Abrió la canilla y dejó correr el agua. De inmediato se esfumó su desasosiego y se durmió profundamente. Desde entonces repitió el procedimiento noche a noche, hasta que adoptó la bañadera como su domicilio definitivo.

Un buen día, el anunciado proceso se completó. Bastó una pequeña alteración, una mutación minúscula en alguna de las cadenas helicoidales de sus cromosomas, para que Rogelio se convirtiera en un pez con toda la barba.

—¿Qué te sucedió muchacho?, preguntó el viejo intrigado, mesándose los cabellos, contemplando las ágiles evoluciones del pez en la bañera.

—Se trata de una transgenación, tío, contestó el aludido, y como el otro lo mirara con extrañeza repitió marcando las sílabas: -trans-ge-na-ción.

—Ajá, dijo el tío, y después con algo más de énfasis: ¡Ajajajá! Ese fue todo su comentario.

Evidentemente el tío Agustín no era hombre de achicarse ante las dificultades, ni de asombrarse ante hechos extraños. Simplemente se adaptó con un encogimiento de hombros. Como marino, había surcado los siete mares y visto de todo.

De manera que si a su único sobrino se le ocurría dormir en la bañera, estaba bien, y si de la noche a la mañana se convertía en pez —bueno, reflexión—, ¡nadie es perfecto!

Por lo tanto, ni bien pasó la novelería, se instaló en la casa de la playa una nueva rutina. Todas las mañanas el ex lobo de mar acarrea un par de baldes para renovar el agua de mar y le alcanzaba su diaria provisión de pescado fresco.

V

Aunque Rogelio no sufría de soledad, el tío consiguió una voluminosa pecera, e insistió en llevarlo de visita a las fiestas de amigos y familiares. No quería que se deprimiera.

El fenómeno era el centro de atención en

las reuniones, en especial de los niños, que pegando las narices a la pecera contemplaban embelesados sus transformaciones.

En esos tiempos Rogelio fue primero una gran corvina negra, pero por razones de espacio y comodidad —aprovechando que podía alterar su morfología a voluntad—, adoptó formas más portátiles. Experimentó diversas estructuras y fue sucesivamente un pejerrey, una lisa, o especímenes de acuario como un Beta, una Molinesia, e incluso un Escalaris. Actualmente era un simple y simpático pececillo dorado. El tío Agustín, encargado de transportarlo, agradecido.

Rogelio enfrentaba los ojos de los espectadores magnificados por la curvatura del lente del cristal de la pecera, con piruetas varias de su invención y con muecas que hacían el deleite de los niños. Éstos remedaban jocosamente los movimientos efectuados por el pez con el hocico. Al cabo de un rato el círculo infantil que rodeaba el receptáculo, fruncía de tal modo los morros, que semejava un grupo de mamones hipnotizados prendidos a una imaginaria teta materna.

Rogelio hacía todo esto para divertirlos y para comunicarse con los que le rodeaban. En esa época aún conservaba su voz profunda de barítono, con la que le gustaba imitar la ronquera de Louis Armstrong; pero proyectarla fuera de la pecera significaba un esfuerzo excesivo, sin mencionar la distorsión producida por el líquido elemento. El resultado era un desagradable sonido gorgoteante, por lo que el pez fue poco a poco abandonando sus hábitos vocales, y adquiriendo nuevas habilidades de mimo. Con un pequeño esfuerzo adicional, la familia no tardó en interpretar el significado de sus evoluciones, por lo que Rogelio siguió por un tiempo siendo miembro pleno de la misma.

Pero todos sabían que esta situación no se podía prolongar. Era una luna de miel, una ilusión transitoria, que los que lo querían trataron de ignorar, pero que fatalmente se impuso. Por más que lo rodearan solícitamente, día a día, Rogelio se abstraía cada vez más de lo que ocurría en su entorno terrestre. Se llamó a un urgente consejo de familia, y luego de la firme promesa del pez de que mantendría el contacto, se aceptó darle su destino lógico y manifiesto: el mar.

En la noche previa a su traslado, Rogelio y el tío conversaron largamente, discutiendo sobre la forma a adoptar. Los peces muy voluminosos o los de consumo popular eran perseguidos por pescadores, y los pequeños eran fácil presa de especies mayores y más agresivas. Por lo tanto, luego de múltiples

descartes, decidieron que el tamaño intermedio sería el más propicio. Además, el viejo insistió en que debía armarse con afilados dientes para defenderse: una piraña sería ideal.

VI

Durante las primeras semanas en su nuevo destino, Rogelio cumplió religiosamente con lo prometido. Se arrimaba a la costa y pasaba largas horas con la parentela. Pero después pasó lo de siempre, hizo nuevas amistades, adquirió otros compromisos, y sus visitas a la orilla se fueron espaciando, hasta que un buen día cesaron por completo.

No crean sin embargo que este es el final del cuento. Habían transcurrido un par de años, y cuando todo parecía olvidado, en la vieja memoria genética de Rogelio su origen terrestre volvió inexorable a aflorar. Por las noches observaba con nostalgia la casa junto al mar. Las ventanas iluminadas y la silueta de su pariente haciendo las tareas domésticas al pasar de una habitación a la otra, era una secuencia de sombras chinas que aumentaba dolorosamente su deseo de volver. Una tarde gris y melancólica, el tío Agustín lo encontró varado en un charco entre las rocas, a punto de asfixiarse, y solícito, lo levantó.

El sobrino le comunicó su añoranza, y ambos derramaron amargas lágrimas por su mutua soledad. “Es más”, le comunicó el afligido habitante de los mares, “siento la necesidad de terminar mi obra inconclusa. Una vez escritor, no se puede desertar”. Y entonces agregó una frase que lo haría famoso: “aprendí que con la creación no se juega, ya que es un viaje sin retorno”.

Mientras el viejo vadeaba el bajío para depositar la piraña en aguas más profundas y le manifestaba su afecto acariciándole el lomo, la zona de las branquias y la aleta dorsal. Rogelio, que en su medio natural había desarrollado una poderosa dentadura, respondió con un amable mordisco en un dedo. Quedaron en encontrarse a la tarde siguiente.

El mordisco había sido amable, pero fue mordisco al fin. Rogelio se fue nadando mientras saboreaba el bocado desconocido: un minúsculo trozo del pulpejo del dedo índice, carne humana, un *bocatto di cardinale*, decidió el pez, últimamente un poco aburrido de la dieta marítima. El desenlace fue como la Crónica de una Muerte Anunciada. Rogelio convocó a sus rapaces amigos y conocidos. El cardumen se reunió y nadó al encuentro del desprevenido tío Agustín, que se había internado en el agua hasta la

cintura. En pocos segundos, lo que quedaba del viejo lobo de mar era apenas un reluciente esqueleto.

Volvió pues a alterarse el precario equilibrio cromosómico de Rogelio, que, neonato, emergió de las aguas caminando sobre sus dos pies. En contados minutos había logrado lo que para la evolución significó millones de años.

Desnudo, erguido pero aún vacilante, el anfibio portaba piadosamente una red en la mano derecha, que contenía los restos de su infortunado pariente. Algo se agitaba en la red. Una piraña cuyos dientes se habían clavado en un hueso, luchaba desesperada para liberarse. No hizo caso y emprendió con paso ágil y decidido la corta pendiente que lo llevaba hacia el hogar.

VII

Como era de esperar, la noticia de su regreso causó sensación. Yo trabajaba en un periódico montevidiano y me enviaron especialmente a Rocha, a hacerle una nota al fenómeno.

El día que fui a entrevistarlo me impresionó su humildad y don de gentes. Se había dejado crecer la barba y convertido en un filósofo. Vestía el tosco hábito de un santón. Recuerdo algunas de sus frases: “de lo único que me arrepiento en mis dos existencias, es de las cosas que no he hecho”. Presumí (porque se negó a explayarse sobre su vida en el mar), que la experiencia había sido por lo menos fructífera por llamarla de alguna forma.

Los huesos del tío Agustín estaban expuestos en un lugar de honor en el estante, metidos en la gran pecera, que fuera el ex habitat del anfibio, convertida ahora en transparente urna funeraria. La desgraciada piraña, cuyos dientes se habían clavado en la unión del cartilago y el hueso de una costilla, petrificada en el lugar por la contracción cadavérica de sus potentes mandíbulas, lucía como una grotesca fruta pendiente del árbol mortuario. Los huesos, pulidos y encerados, brillaban como si fueran fosforescentes. A su lado, por contraste, la oxidada Remington lucía como una ruina. Y lo era.

Cuando Rogelio notó que observaba la máquina, miró su reloj y trató de dar por terminada la entrevista. Se disculpó, señalando la

improba tarea que lo esperaba, pero ante mi insistencia, accedió a explayarse algo más:

—Este hombre, dijo Rogelio, señalando los restos y adoptando una expresión compungida, mientras sus ojos verdosos miraban con intensidad brillante y húmeda insinuando una lágrima; —este sencillo hombre de mar, agregó, me dio el ejemplo (y la oportunidad, omitió decir), de vida. Dedicaré el resto de mi existencia a recordarlo y a proseguir mi obra acerca del genocidio de los Charrúas. Mi doble vida me enseñó más que todos mis estudios, ahora sé lo que es la humanidad.

Una sonrisa melancólica iluminó su rostro cetrino. Señaló la oxidada máquina de escribir: —aceitaré mi instrumento y estoy seguro que si aprovecho la enseñanza de mi maestro tendré éxito. Continuó elaborando el pensamiento: —me refiero a las bondades de existir en sencillo y estrecho contacto con la naturaleza, la universalidad de la vida, —Rousseau, “El buen salvaje”, agregó por si yo no captaba la profundidad de su reflexión.

Me pareció un poco snob la acotación, y mi instinto me advirtió que había algo de farsa, de *miscé en scene pour épater le bourgeois*.

Una lucecita de advertencia destelló en mi cerebro, pero fue de inmediato extinguida por la mirada sufrida, un poco alucinada pero que irradiaba sinceridad, desde unos ojos hundidos profundamente en sus cuencas. Era el rostro ascético de un hombre solitario, de un mártir, de un derviche, de un eremita.

¿Era posible que se tratara de un falsario, de una vil impostura?

“No, no podía, ser”, me reprimí duramente por mi escepticismo: “la vida ciudadana te ha convertido en una persona desconfiada y descreída”.

Salí pues de la cita convencido que había hablado con un personaje auténtico, purificado por la adversidad. De todas maneras, ¿quién era yo para criticar a un hombre que había pasado por tantas peripecias?

Tuve pues una gran decepción cuando tiempo después se confirmaron mis sospechas y tuve la certeza de que esta serie de conmovedoras citas eran ni más ni menos que un vulgar truco publicitario, y que Rogelio había adquirido durante su tránsito marítimo la ferocidad, el instinto predador y la rapacidad propia del cardumen de pirañas.

En efecto, me contaron que pocas semanas después el escritor tiró al mar su oxidada Remington junto al borrador del proyecto de novela histórica, compró una computadora y escribió sus memorias. Todavía no estaban impresas cuando llamó a una conferencia de prensa, en la que presentó las pruebas de galera de su nuevo libro. Exhibicionista como todos los de su gremio, insistió que lo fotografiaran desnudo con el siniestro osario de fondo.

“Mi vida como pez”, a pesar de su título horrible, tuvo un éxito editorial sin precedentes, convirtiéndose en el Best-seller de la temporada.

FIN

Gran Premio SMU-SERVIMEDIC (año 1999)
Tema libre. Obra: **Noche**. Autor:
Br. Martín Russi Sarralde

